

Un priísta opina sobre su partido* Un PRI para el siglo XXI

Manuel Ángel Núñez Soto

México concluyó el siglo XX con una transformación institucional de gran envergadura con la transición democrática. Desafortunadamente, esta transición no ha generado todavía el indispensable proyecto de nación que la acompañe. La nueva era democrática aún no ha producido el grupo de ideas y aspiraciones que señalen rumbos y permitan construir consensos. Generar las ideas y la ideología del México democrático es el reto fundamental que debe ocupar a todos los partidos políticos, si es que deseamos que nuestro país vuelva a contar con una mayoría gobernante respaldada por consensos ciudadanos amplios, con posibilidad de dar rumbo al desarrollo nacional.

Hasta ahora las grandes transformaciones nacionales habían dado inicio alrededor de anhelos populares expresados de forma muy básica: el de libertad, el de un Estado de Derecho y el de justicia social. Eventualmente, cada una de esas transformaciones fue capaz de traducir dichos anhelos básicos en planes de acción ordenada. Sin embargo, el anhelo de cambio que sacudió al país el 2 de julio de 2000 no ha producido un proyecto viable, ni una nueva definición sobre los derechos y responsabilidades que impone un nuevo marco de intercambio cívico entre gobierno y ciudadanos.

Los anhelos de cambio expresados hace cuatro años fueron mayoritarios y los efectos institucionales del primer parteaguas de la transición democrática fueron indudablemente universales; por ello, es tiempo de que se construyan las posibilidades reales del cambio a partir de un consenso amplio e incluyente, responsabilidad directa de los partidos políticos. La transición democrática es una nueva revolución que está

* A continuación presentamos un texto elaborado por el licenciado Manuel Ángel Núñez Soto, Gobernador Constitucional del Estado de Hidalgo y Presidente de la Comisión de Ideología del Partido Revolucionario Institucional (PRI), y posteriormente una entrevista que le realizó el doctor Jesús Vergara Aceves.

Autocríticas Políticas

esperando una estructura ideológica que le dé rumbo. Esta transición es todavía un hecho simple que espera a los individuos y, sobre todo, a los partidos políticos que puedan convertirla en proyecto, en esfuerzo nacional. Ésa es la tarea que los priístas tenemos pendiente.

El primer objetivo de un partido político es la conquista del poder público por la vía democrática. Sin embargo, en medio de una transición política, la conquista del poder no implica sólo ganar elecciones, sino sentar las bases de un nuevo régimen.

En julio de 2000 asistimos al fin de una forma de ejercer y administrar el poder, asistimos al fin de la cuarta era republicana en México;¹ sin embargo, todavía no ha nacido el nuevo arreglo político que ocupe su lugar y, por tanto, haga operable nuestra recién conquistada democracia. Fundar el nuevo régimen es la tarea que el Partido Revolucionario Institucional (PRI) debe asumir para dar paso a una nueva y quinta etapa republicana, esta vez verdaderamente democrática.

Debemos reconocer con toda franqueza que quienes con desesperación y, a veces con exasperación, pedían el cambio hoy, hoy, hoy, acertaban en la lectura de los anhelos ciudadanos. Sin embargo, la simple lectura de los deseos ciudadanos no implica su comprensión y, mucho menos, capacidad e imaginación política para atenderlos y darles orden. Quienes intentaron apropiarse del cambio no lo han concretado, y un PRI que no simule que la transición mexicana se agota en la simplista segunda alternancia de gobierno en 2006, debe prepararse para contestar las preguntas esenciales del nuevo siglo.

El PRI no es mayoría nacional, pero lo puede ser; no es gobierno en la República, pero puede merecer volver a serlo. Ello exige pensar, dejar a un lado la autocomplacencia de creer que tiene garantizada su supervivencia política y generar un proyecto que responda a las incógnitas y dilemas bási-

¹ Nuestra primera era republicana inició en 1823 y concluyó con la dictadura de Santa Anna en 1853, la segunda nació con la Revolución de Ayutla y llegó a su fin con la intervención francesa de 1862. La tercera etapa comenzó con el triunfo juarista sobre el Imperio en 1867 y vio su ocaso con la instauración de la dictadura porfirista en 1884. La cuarta tuvo como referencia primaria la promulgación de la Constitución de 1917 y vio su término el 2 de julio de 2000.

Un priísta opina sobre su partido

cos de este tiempo. ¿Cuál es el México que habrá de surgir tras el fin del régimen dominante del siglo XX?, ¿qué capacidad tendrán los futuros gobiernos democráticos para atender las demandas sociales básicas?, ¿qué estructura ideológica y qué ideal dará pauta a los esfuerzos mexicanos de desarrollo?, y sobre todo ¿cuál será el nuevo marco de intercambio entre ciudadanos y gobierno, de acuerdo con una nueva definición de derechos y obligaciones cívicas?

Reconozco que las respuestas a esas preguntas no son sencillas, pero creo firmemente que entre los priístas existe el acuerdo fundamental para empezar a construir los elementos guía de la nueva estructura ideológica de nuestro partido.

En la actualidad, el Estado mexicano no enfrenta una amenaza a su soberanía ni riesgos de ingobernabilidad o el colapso democrático; sin embargo, sí enfrenta el riesgo de la falta de legitimidad en su ejercicio administrativo en los tres niveles de gobierno por la disolución de una interacción sana y de mutuas contribuciones entre gobierno y la ciudadanía.

Actualmente, el gobierno y la ciudadanía no son una unidad vital que cuente con intercambios claros y precisos. Los ejemplos más claros de ese divorcio son nuestra crónica debilidad fiscal y la aparición de un abstencionismo ciudadano, el cual, por primera vez en esta generación, resulta mayoritario. Si somos honestos descubriremos que la razón fundamental por la que mexicanos de todos los niveles económicos y de educación no pagan impuestos y no participan de manera mayoritaria en nuestras elecciones, es simple y sencillamente porque no ven un beneficio claro al hacerlo.

En términos más sencillos, los ciudadanos no contribuyen con el Estado mexicano de la transición democrática, porque la transición y la pluralidad han servido para justificar las conductas oportunistas de los partidos. Esto se vuelve más grave cuando después de tres años de incapacidad política e irresponsabilidad social de los partidos no podemos llegar ni siquiera a los acuerdos más obvios para que el gobierno mexicano siga funcionando, ya no digamos para que las instituciones públicas se consoliden o mejoren.

De esta forma observaremos que mientras los individuos y las instituciones no encuentren un canal efectivo de comuni-

Autocríticas Políticas

cación, mientras los partidos políticos no asuman su papel como vínculo estratégico en esta relación, los mexicanos no podremos definir qué obligaciones y qué derechos cívicos requerimos que suscriban las instituciones públicas y los ciudadanos.

Más allá, en este escenario de partidos políticos con contribuciones pendientes con la sociedad mexicana, la consolidación de los derechos políticos y jurídicos que la transición democrática trajo consigo no ha dado paso a la construcción de una ciudadanía social. Condición que requiere que los partidos den una nueva definición a la esfera de nuestra política social. En ese rubro, la teoría política contemporánea acepta la división del concepto de ciudadanía en tres niveles complementarios y sucesivos de desarrollo: ciudadanía jurídica, ciudadanía política y ciudadanía social.

La ciudadanía jurídica constituye el primero de los niveles. Aquí nos encontramos con las garantías individuales básicas, la aplicación general de la ley, así como la protección de la propiedad, derechos y bienes de las personas. En el siglo XIX, en sus etapas nacientes, el Estado mexicano se limitó a proporcionar esa clase de ciudadanía. En el segundo nivel de desarrollo se construyó la ciudadanía política. Esta segunda fase otorga y protege el derecho individual de cada miembro de la comunidad a participar en el ejercicio del poder político como elector. Esa segunda etapa de la ciudadanía inició con el sufragio efectivo y la no-reelección en 1910, y concluyó el 2 de julio de 2000. Por lo tanto, lo que la historia nos exige es la construcción de la tercera etapa de la ciudadanía: la ciudadanía social. Ésa es la verdadera obligación del PRI.

En la actualidad hay mexicanos que son ciudadanos jurídicamente, que son ciudadanos políticamente, pero que no son ciudadanos socialmente. Y en escenarios de extrema desigualdad muchos siguen siendo excluidos de las oportunidades de vida digna que una ciudadanía social debería garantizar. Así, sin una tercera etapa en el desarrollo de nuestro concepto de ciudadanía no podremos garantizar que todos los mexicanos sean miembros efectivos de esta nación. Pero desafortunadamente, las fuerzas políticas no han asumido esa tarea fundamental, sino que han convertido la disputa

Un priísta opina sobre su partido

democrática en un fin en sí misma y empiezan a distanciar las instituciones públicas de las necesidades de la ciudadanía, con la consecuente erosión en la legitimidad de las actividades del Estado.

Hemos observado cómo los partidos políticos han sido los grandes beneficiarios de la transición democrática mexicana. Los partidos recibieron abundantes recursos del Estado, adquirieron un estatus privilegiado como instituciones de interés público, y se convirtieron en el único canal reconocido para elegir y conformar los distintos niveles de gobierno. Nunca antes en la historia de México los partidos habían regido de forma más clara los destinos nacionales. Incluso el PRI, a pesar de no ocupar la Presidencia de la República por primera vez desde su fundación, mantiene su peso específico como institución central de la política mexicana. Pero no debemos olvidar que la transición democrática no se hizo para servir a los partidos; por el contrario, los partidos deben servir a la transición democrática y a su consolidación.

Los partidos políticos fueron fortalecidos porque a ellos corresponde aportar los mayores servicios a la nueva etapa de la institucionalidad mexicana. Pero hoy, en México, no sólo no contribuyen con un proyecto nacional, sino que, de hecho, los partidos mexicanos están sacrificando al país una y otra vez. Existen para facilitar los acuerdos en sociedades democráticas. A cuatro años de inicio del nuevo siglo, los partidos mexicanos no construyen acuerdos y complican los consensos. Para la mayoría de los ciudadanos es claro que los intereses de los partidos no son los del país; existe evidencia real, dura, efectiva de que los mexicanos confían en la democracia, pero no en la democracia inoperante que los partidos les entregan. La gente no quiere más promesas, lo que exige son acciones, soluciones y reformas. Por ello, el reto del PRI no es simplemente cómo ganar la siguiente elección, sino definir y explicar a la ciudadanía por qué se quiere ganar esa elección y para qué se quiere contar con el voto ciudadano. El reto fundamental del PRI es explicar qué acuerdos está dispuesto a respaldar y qué puntos de su agenda propia está dispuesto a conceder por el bien nacional.

Autocríticas Políticas

El gran pendiente del PRI en este inicio de siglo ha sido no acompañar de forma integral la transición democrática. El gran pendiente es una reforma partidista que lo coloque como una organización que puede convertir los anhelos de cambio y renovación en acciones de gobierno en favor de la militancia, la ciudadanía y la nación. La derrota y la victoria electoral han sido siempre los factores definitivos para impulsar la reforma interna de un partido. En nuestro partido se han presentado ambas circunstancias y todavía no se ha definido: ¿qué es el PRI de inicios de este siglo?, ¿en qué no cree el PRI que gobierna a millones de mexicanos en el nivel estatal y municipal?, ¿en favor de qué está el PRI que se prepara para reasumir los destinos nacionales?

Los priístas no podemos aceptar el riesgo de avanzar en la transición con victorias electorales pero sin consensos políticos mayoritarios. No podemos limitarnos a sobrevivir la derrota electoral, sin convertirla en una lección fundamental para volver a ser mayoría. Los objetivos del PRI no pueden limitarse a ocupar más posiciones políticas que cualquier otro partido. Nuestro país no requiere primeras minorías; requiere consensos mayoritarios que posibiliten su desarrollo. Por esta razón, si el PRI aspira a ser mayoría gobernante debe ser crítico y preguntarse ¿qué méritos explican la posición del partido en la arena electoral? No puede deber su éxito a la torpeza y fracaso de otros; no debe arriesgar ser una opción aceptable por contraste; requiere que su proyecto de país y de política sea mayoritario por sí mismo.

Así, el PRI debe ser capaz de disponer no sólo de una estrategia de resistencia y de espera estática en la arena política. Los priístas no podemos traicionar la trascendencia de nuestro partido en el escenario político mexicano del nuevo siglo, no debemos traicionar a una militancia que aceptó el cambio democrático como una necesidad para fortalecer al país, y no como una instrucción para dismantelar, reducir o marginar a su partido. Por esta razón, el PRI no debe hacer una lectura falsa de la realidad. No puede simular que ha cosechado victorias definitivas, cuando todavía no es mayoría nacional.

Un priísta opina sobre su partido

En las nuevas democracias occidentales, los partidos dominantes que han logrado regresar al poder son los que se comprometieron con una agenda de reforma interna. Los que se limitaron a esperar su turno, a capitalizar errores ajenos y creyeron que podían volver a ser mayoría sin cambiar primero, fracasaron rotundamente. No podemos permitir que el PRI recorra la ruta equivocada. Los partidos políticos que han convertido la derrota en semilla de un triunfo mayoritario y han regresado al poder, han podido hacerlo porque se plantearon abiertamente seis cuestiones clave: 1) la adopción de una nueva ideología; 2) el establecimiento de una nueva relación con sus militantes; 3) la redefinición del papel de sus organizaciones afiliadas; 4) la revisión y reforma de sus estructuras territoriales y de militantes; 5) el establecimiento de nuevos canales de comunicación con la ciudadanía; y 6) la adopción de una actitud propositiva en materia de gobierno local, estatal y legislativo para fincar su regreso al poder en acciones propias y —lo reitero— no en el fracaso o incompetencia de otros.

De esta forma, para recuperar la Presidencia de la República el PRI tiene que demostrar su fortaleza esencial, es decir, su probada capacidad para hacer realidad sus propuestas de gobierno. Las administraciones del Partido Nacional Revolucionario (PNR), del Partido de la Revolución Mexicana (PRM) y del PRI, los tres nombres con los que ha transitado una misma organización política en la historia nacional, han sido eficaces.

Si la población conoce y no tiene duda de nuestra capacidad para hacer realidad metas y compromisos, entonces el objetivo fundamental para el PRI debe ser presentar una propuesta de país que sume a la ciudadanía, una propuesta que construya una nueva mayoría gobernante. El PRI, y esa es una certeza histórica esencial, ha sido autor de propuestas de nación que nos unificaron por décadas. De hecho, el PNR-PRM-PRI se fundó para acompañar un proyecto de país. En 1929, como PNR, coadyuvó a la creación de las modernas estructuras públicas. A partir de 1938, entonces como PRM, impulsó la formulación precisa de los compromisos sociales del

Autocríticas Políticas

Estado mexicano. A partir de 1946, el PRI participó en la modernización del país y su economía.

Esas tres etapas históricas se construyeron desde el poder, y concluyeron en el momento que nuestro partido y sus militantes aceptaron el mandato ciudadano de la alternancia en el gobierno nacional. En ese contexto de permanente cambio, reforma interna y búsqueda de propuestas de país que generen mayorías gobernantes, la nueva etapa histórica del PRI —la cuarta— debe buscar la inclusión más amplia de los ciudadanos dentro de nuestras estructuras.

Nuestro partido ya es de sectores, organizaciones sociales y militantes; ahora es tiempo de garantizar que el PRI sea también de los ciudadanos. Estamos en el parteaguas de un PRI que excluye y se convierte en un mero ganador de elecciones, o uno que incluye y se convierte en el fundador de un nuevo régimen. Ése es el dilema de nuestro tiempo, un PRI sólo para los priístas o uno para los priístas y también para México.

Nuestro país requiere consensos mayoritarios que posibiliten su desarrollo. El PRI tiene la oportunidad irreplicable de convertir el desordenado anhelo de cambio en acciones ordenadas de gobierno; ésa es la primera reforma que el buen gobierno del país requiere. Si el PRI se planteara empezar a impulsar una agenda de reformas institucionales, podría sacar adelante dicho paquete dado su tamaño legislativo y peso político específico. Si el PRI logra convertir los anhelos de cambio en realidades de gobierno merecerá, en forma inquestionable, volver a gobernar por mérito propio y no por desaciertos ajenos.

Este cambio depende de la acción política, de la voluntad y madurez de los priístas. Son cambios que podemos iniciar de inmediato, sin mayor preámbulo que convicción de trabajo. Le toca al PRI convertir la agenda social de la transición democrática en proyecto posible y en esfuerzo realizable. Debe ser capaz de honrar esa tarea para que el futuro no pueda venir a demandárselo. Es tiempo de que la política realista vuelva a unificar y ordenar la agenda pública para el beneficio de los mexicanos.

Un priísta opina sobre su partido

Un partido de mayorías gobernantes es aquel que a las organizaciones y sectores suma también la mayoría ciudadana. Esa no es una formulación personal; es precisamente la reforma del partido que Colosio quería emprender en la XIV Asamblea, y que muy probablemente nos hubiese ahorrado la derrota de julio de 2000.

Así, la agenda que un PRI incluyente y con participación ciudadana efectiva debe afrontar como un partido esencial para el destino nacional es muy clara. Dedicamos el siglo XIX a obtener nuestra Independencia y conseguir que las instituciones del Estado estuvieran presentes en todo el territorio nacional. El siglo XX nos heredó en su ocaso un México democrático. Hoy, en el tercer siglo de nuestra historia como nación soberana, los mexicanos debemos preguntarnos qué sigue, qué nos falta construir, qué rumbo queremos darle al país democrático que ya tenemos. Hoy, a partir de la autocrítica, sin simulaciones, en el siglo XXI debemos construir una ciudadanía social que haga posible incluir a todos los mexicanos en un proyecto de nación.

Con base en la reflexión anterior yo propongo cinco principios básicos para revisar las fundaciones ideológicas del PRI y hacerlo partícipe efectivo de la fundación de un nuevo régimen.

1) Debe reformarse para incluir a nuevos sectores de la sociedad en su proyecto de nación. La ciudadanía y la militancia exigen que los partidos rindan cuentas no sólo de sus acciones en la arena electoral, sino también de su conducta interna.

2) Debe exigir la Reforma del Estado. Nuestro país requiere que la transición democrática no entorpezca la entrega y disponibilidad de recursos y servicios cotidianos de las instituciones públicas.

3) Debe exhortar a un Pacto Político Nacional para la Consolidación de la Transición Democrática y Económica. La militancia, la ciudadanía y la nación que conforman la Nueva Mayoría exigen una base de consensos serios y duraderos sobre el desarrollo de largo plazo del país.

4) Debe proponer un Nuevo Contrato Social con obligaciones y derechos sociales y económicos explícitos para todos

Autocríticas Políticas

los mexicanos. La ciudadanía mexicana exige al Estado entregar beneficios reales y palpables a toda la población.

5) Debe reclamar la formulación de una Nueva Doctrina de Política Exterior para proteger nuestros intereses geopolíticos y fortalecer nuestra soberanía. Las recientes transformaciones en el área democrática, demográfica y de actividad económica deben acompañarse de una nueva actuación de la nación mexicana en el área internacional.

Necesitamos una refundación de la ideología del PRI no porque etapas o ejercicios anteriores hayan fallado, sino porque éstos ya cumplieron su propósito. Es mi certeza que el PRI debe definir qué es y qué implica el cambio que sí es posible. Es momento de acompañar una capacidad de gobierno con una propuesta de cambio nacional que le dé valor social a la experiencia gubernamental priísta.

Los priístas que deseamos que nuestro triunfo electoral en 2006 sirva a México no queremos que las nuevas generaciones ponderen nuestras conquistas del pasado; queremos que se sumen a nuestra propuesta para el futuro.

Entrevista

¿Cuáles son los principios básicos que justifican su militancia en el PRI?

1) La mayoría de los mexicanos ni vota, ni paga impuestos. Ahora bien, si no votamos, si no ejercemos un derecho y una obligación, es inútil que nos quejemos, que nos lamentemos de tener representantes populares o gobernantes, de cualquier partido político que sean, que no respondan a lo que anhelamos y necesitamos, ahora.

2) Hemos de pagar nuestros impuestos en la medida en que generamos riquezas: pocos si generamos poca, y muchos si es mucha.

Pero en la medida en que se rompa el equilibrio, muchos impuestos y poca riqueza o pocos impuestos y mucha riqueza

Un priísta opina sobre su partido

za, es muy difícil que podamos tener seguridad absoluta, porque se requiere dinero para pagar policías y equipamiento, para hacer que tengan una carrera dentro del servicio civil a futuro, que seamos competitivos. Si no hay recursos, puertos, aeropuertos, carreteras, todo aquello que demanda darle competitividad a una nación, es imposible que logremos redistribuir la riqueza en mejores términos. Somos una nación con grandes desigualdades e inequidades: una concentración inmensa de las riquezas y una masa poblacional muy grande con grandes carencias.

3) Creo que aquí hay un problema de principios, de valores, de ética, de educación, de formación, que hemos venido corrigiendo con lentitud. Veo cada vez más a la juventud mejor formada, con muchos principios y valores que yo comparto, con muchos otros que me preocupan también, entre ellos el individualismo, pero estoy cierto de que tenemos que construir la nación en esta realidad nuestra, y encarar los problemas lejos de las descalificaciones, de la ambición, de los dogmas, luchando por respetar las verdades de cada persona y los intereses de la abrumadora mayoría y, sobre todo, luchando por resistir a la adversidad y buscar siempre soluciones que nos llevan adelante, pensando también en los principios y valores que uno tiene. El traumatismo puede superarse, no puede estar por encima de todo. Hay que lograr resultados que favorezcan y permitan que el gobierno se siga construyendo.

Parto de esos principios para elaborar estas tesis.

Hablamos del equilibrio entre generar riqueza y pagar impuestos, entre fortalecer la sociedad y juntamente el aparato de gobierno. Pero la sociedad mexicana tiene una larga y dolorosa experiencia de generaciones, 70 años por lo menos, de abuso político de los impuestos y simultánea resistencia defensiva y privada a pagarlos.

Eso es muy criticable, y lo comparto con usted. El poder debe ser para servir.

Autocríticas Políticas

Entonces, ¿a qué se debe esta exaltación de los partidos políticos; debe tener una causa y origen anteriores?

En lo personal creo que los partidos políticos no habían tenido el poder que hoy tienen depositado, y en donde desafortunadamente los resultados no han sido los que esperamos y deseamos. Creo también que corresponde, en buena medida, a la sociedad —de la que somos militantes activos de partidos—, de una u otra suerte, el luchar para su reconducción, para que se piense en la sociedad misma, en el país, antes que en un partido político, porque éste está obligado a dar resultados.

Lo he planteado en muchos textos, donde digo en el caso particular del PRI, como creo que es el de cualquier partido político: ¿para qué se quiere el voto y la confianza de la gente? Y lo debemos dejar completamente claro: por qué queremos ganar una elección. No se trata de tener una maquinaria electoral, sino de saber qué vamos a hacer al día siguiente de haber triunfado electoralmente, porque si no corremos riesgos severos como lo hemos visto, de que haya quien gana una elección, pero no sabe qué hacer después de haber triunfado. Y el pueblo espera muchísimo.

El primer objetivo de un partido político es la conquista del poder por medios democráticos. Estoy de acuerdo, pero creo que hay otro anterior y es el bien de la sociedad, el bien de la nación. Se ve en el Congreso, en la Cámara de Diputados: están en la lucha unos partidos contra otros, pero para llegar al poder. No es un poder al servicio de la sociedad, sino para que los partidos dominen. Ésa es mi inquietud.

Yo la comparto. Por eso, en la comisión de ideología de mi partido también luché mucho por esto: partir de la base en la que hay principios, una ideología y estatutos, que se van a cumplir en el objetivo de conquistar el poder por medios democráticos. El poder es terrible, hay mucha gente que se marea.

Ya lo dijo von Clausewitz: todo poder corrompe, y todo poder absoluto corrompe absolutamente. No hay duda.

Un priísta opina sobre su partido

Aquí es donde encuentro una dificultad cultural muy honda de México, que siento con la entrada del mercado común y la globalización económica y política: nuestro país va a quedar más débil, porque no es una nación consolidada, fuerte, como las sociedades de otros países que compiten, por ejemplo, los llamados dragones asiáticos.

Comparto esa preocupación. Por un lado, no tenemos otra opción que la de seguir en la globalización. Comparto el porqué hace más de una década entramos a la negociación del Tratado de Libre Comercio (TLC): la población en México había crecido y ha crecido enormemente. Era necesario que nos abriéramos al mercado exterior. El mercado interior ya no daba ni da siquiera para sostener solo la enorme cantidad de fuentes de trabajo que se requiere. Había que conquistar más mercados. Y, por otra parte, coincido con usted, no hay todavía esa cohesión, esa identidad —llamaría yo— que permite crear la sinergia de una sociedad que lucha con valores y principios conjuntos y, sobre todo, si estamos enfrentando otras sociedades más consolidadas, de muchos más años. Pero tengo confianza —lo digo con toda sinceridad—, en que avancemos con rapidez y que podamos madurar con serenidad, y que los retos y las necesidades los viva igualmente la sociedad. Es indispensable tener ética, valores, principios, fe, saber a dónde vamos, y tener una conducción adecuada.

Los abusos del poder deben empezar a ser corregidos por el poder de la sociedad misma, si no se continuará reforzando las exaltaciones de los intereses políticos de los partidos. Pero éstos dejan la impresión de estar muy lejos de los intereses de la población. ¿Qué propone el PRI, al respecto?, ¿cómo espera ganarse la confianza que perdió con tantos años en el poder y en la búsqueda de sus intereses y poder político, sin haber logrado gobernar prioritaria y convincentemente para la ciudadanía?

Hoy por hoy el PRI sigue siendo el partido político de la nación, por encima de los demás, en términos de representatividad y con una enorme responsabilidad. Hay muchos PRI.

Autocríticas Políticas

Cuando pierde la elección federal, después de 70 años, muchos le pusieron su esquila de defunción. Entonces, conociendo que la modificación de un partido político no es una cuestión de decretos, sino de voluntades, de principios, de trabajo, estoy convencido de que hay PRI para muchísimos años.

Dentro del partido hay distintas realidades como las hay en el país. El PRI de Quintana Roo es muy distinto del de Baja California, o del de Hidalgo, o del de Sonora, y respondiendo a esa realidad muy local hemos visto que, afortunadamente, en muchísimas partes, ha regresado a la gente, ha dejado de cobijar corruptelas e individuos, porque hay millones y millones de priístas, hombres y mujeres honestos, honrados, comprometidos. Es cierto que hubo una cúpula que complicaba la vida y que hacía pillerías, y todos se quedaban callados. Hoy eso ya no existe.

Afortunadamente, ha quedado claro que la alternancia demuestra que hay buenos y malos en el PAN, en el PRD, en el PRI, en los partidos políticos en general, y hoy también demuestra que al interior del PRI defendemos con nuestro actuar de todos los días los principios que queremos que lleven nuestros hijos. Defendemos el construir una sociedad cada vez mejor, y respetamos las distintas ideologías, los distintos partidos políticos. Buscamos lo mejor para la nación. Nos queda claro que ni todos los panistas, ni todos los perredistas, ni todos los petistas, ni todos los ecologistas son buenos, ni todos son malos. Es el mismo caso del priísmo. Pero sí me queda claro que la gran mayoría del priísmo y de los priístas y, sobre todo, de los que actuamos en la arena política, somos gente honesta, con experiencia, que luchamos por hacer que las cosas ocurran y, al final, partimos del mismo principio que tiene la ciudadanía. La ciudadanía quiere tener un buen gobierno y buenos representantes, saberse conducida, que se le ayude; y no que, de pronto, se le diga que asuma su responsabilidad y que resuelva sus problemas. Si así fuera, ¿para qué daría su voto?, ¿para qué daría su confianza?

Dentro de esta joven democracia estamos construyendo todos el consenso de lograr que vayamos hacia adelante. Es evidente que el PRI todavía tiene mucha tarea y mucho trabajo para convencer a muchísima gente de que es el instituto

Un priísta opina sobre su partido

político de México y que merece tener la confianza para gobernar a nivel nacional. El PRI gobierna la mayoría de los estados, de los municipios y de los Congresos en los estados.

Pero si aspiramos a regresar al gran privilegio de gobernar a la nación, todavía hay camino por recorrer. Requerimos, primero, un PRI unido, que deje muy en claro que la responsabilidad frente a la nación está por encima de los intereses de terceras personas. Un PRI capaz de construir un proyecto de nación que guste a la mayoría de los mexicanos, que deje en claro hacia dónde vamos, porque el caso de Hidalgo avanza y sabemos lo que queremos: hacia dónde vamos y estamos sumados para lograrlo; y, tercero, tener un candidato, mujer u hombre, que inspire confianza, que responda a lo que la mayoría de la gente quiere.

Hoy los partidos políticos, precisamente por esta convulsión en la que vivimos, tienen una militancia importante, pero ninguno de ellos tiene una militancia suficiente que los pueda llevar al triunfo.

Hay una gran cantidad de ciudadanos que no militan en ningún partido político y que antes de pensar en votar por el PAN, el PRI o el PRD o cualquier otro partido político, piensan y revisan las ideas, la propuesta, la trayectoria del que le está pidiendo su voto y su confianza. Consecuentemente, estoy cierto de que esto se da a nivel municipal y estatal.

Ya ahora, en las elecciones presidenciales, la gente lo va a considerar muchísimo y, en el caso del PRI, que tiene 10 millones de voto duro, va a requerir de otros cinco millones de votantes que son muy reflexivos al votar, que van a contemplar todos estos aspectos. Cualquier partido que gobierne en los próximos seis años tiene grandes retos, difíciles, complicados y, por tanto, necesita gente que quiera verdaderamente ofrendar su esfuerzo y parte de su vida para que el país vaya hacia adelante. ✍